Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 4 (1992)

Artikel: La mirada sin tiempo de Antonio Navarrete
Autor: Lapuerta Amigo, Paloma
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-840934

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 21.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

LA MIRADA SIN TIEMPO DE ANTONIO NAVARRETE

Paloma LAPUERTA AMIGO
Université de Genève

Hay hombres para los cuales el quehacer poético es una forma de vida, o, dicho de otro modo, son hombres para quienes la observación y la reflexión de todo cuanto les rodea son inseparables de su experiencia poética —recordemos la identificación Obra-Vida en Juan Ramón Jiménez—. Son poetas cuya obra se va construyendo de una forma constante y acorde a un desarrollo coherente de su mundo interior, el cual queda plasmado en una escritura cuya estructura simbólica tiene carácter totalizador. Para ellos, la poesía es semejante a una experiencia mística y, por esa razón, es el medio del que se sirven para trascender la realidad.

Uno de estos hombres de inequívoca y laboriosa vocación poética es Antonio Navarrete, nacido en Quesada, un pueblo de la provincia de Jaén de donde es también oriundo otro artista excepcional: el pintor Rafael Zabaleta. Antonio Navarrete ha publicado sólo seis libros de poesía, de los cuales han sido premiados cuatro de ellos en certámenes de Jaén y Granada, la ciudad donde vive en la actualidad. No se habla de él en las revistas literarias ni pertenece a grupos, generaciones o promociones. Su tarea es marginal, pero constante y de honrada calidad.

A continuación analizaré algunos de los rasgos de su poesía que me parecen más significativos en un intento de explicar el hilo conductor de una temática y una simbología de gran coherencia e intensidad poéticas.

La poesía de Antonio Navarrete se desarrolla en dos planos perpendiculares:

1. Un primer plano *horizontal*, que llamaremos *terrestre*.

2. Un segundo plano *vertical*, que llamaremos *de la trascendencia*. Y aquí conviene aclarar que no nos referimos a una trascendencia de carácter religioso —al menos no abiertamente—, sino a la que se inscribe dentro de la definición kantiana de traspasar los límites de la experiencia sensible.

El poeta parte del plano terrestre porque la tierra es para él fuente de vida y origen de todas las cosas —"madre antigua"—. Con su mirada humana observa todo cuanto le rodea: los campos, las casas, las calles, los objetos, los otros hombres, y los describe con pinceladas de pintor. Pero, como dice Nietzsche, "para ser artista ha de sentirse como contenido lo que el habla ordinaria llama forma". Por eso, el poeta no se queda en las formas —ni en la forma de lo que ve ni en la forma poética— sino que las trasciende, y lo hace a través de su voz poética.

En el plano de la trascendencia se sitúa el recuerdo. Porque el recuerdo está más allá de lo descrito, pertenece al ámbito de lo vivido y de lo sentido. A través del recuerdo el poeta vive la experiencia del tiempo. Esos objetos, esas calles y casas, esos hombres se asocian en su propia intimidad con el recuerdo y se llenan de contenido. De ahí arranca la experiencia poética: de la interpretación temporal de lo descrito.

Al llenarse de contenido, algunas de esas formas se convierten en símbolos. Así, la tierra es símbolo de lo humano. En su primer libro, *Tierra a solas* (1961), la tierra "se desangra" como el hombre, el agua es "el jugo de su entraña" y una gota de agua nacida de la tierra es "sudor en nuestra frente" al acabar su ciclo («La fuente»). La identificación hombre-tierra es total y se expresa en numerosos poemas:

> Llevamos un latido mineral que converge
> a los sedimentos de carne y primaveras
> que pisamos —vivimos— cada día.
> Esto explica nuestra mirada abierta
> a la piedra y al hueso;
> a las cosas que derraman las gentes del invierno
> creyendo que acaban en el surco.
>
> Porque los hombres vivimos —pisamos— en el suelo,
> nuestra sangre no es ajena al estrato,
> ni al óxido, ni al polvo, ni a la arena:
> es fácil que el músculo que hoy aparta la rama
> forme parte, mañana, de un adobe.
>
> («Llamada»)

Como vemos en las estrofas citadas, el corazón, de textura mineral, palpa y observa todos los fenómenos terrestres. La carne forma sedimentos en la tierra, la sangre —que es símbolo de vitalidad— no es menos vida que el óxido o la arena. Y, por último, un músculo (del cuerpo humano) puede convertirse en tierra mediante la muerte. Aquí se introduce un nuevo tema: el de la tierra como origen y regeneración de todo

lo vivo. En realidad no podemos hablar de la muerte porque la tierra, símbolo de vida, es en sí misma, y por su inagotable fuerza cíclica, la negación de la muerte.

En una variedad metafórica opuesta a la anterior por la alteración de los factores observamos la identificación tierra-hombre. Por ejemplo, en el poema «La nieve» la tierra "calla" o "lleva un cansancio", es decir que es portadora de atributos y características propiamente humanas.

Y en relación con esta identificación simbólica hombre-tierra encontramos otros símbolos. Los pájaros están en el ámbito de la trascendencia. Al igual que el hombre son hijos de la tierra pero son capaces de elevarse, de trascender el plano horizontal de la tierra y de volver a ella para morir:

Los brazos del suelo están abiertos. Lo horizontal existe
debajo de los nervios que apuntan a la altura;
porque el nido y la tumba
coinciden en el plano de todo lo que empieza o termina.

(«Las águilas»)

Cuando un grajo muere aparece una hiedra
en la grieta que le sirvió de nido:
de esta manera sustituye la piedra
a los hijos directos de su entraña.

(«Los grajos»)

Contrario al anterior, el árbol es un símbolo que se inscribe en el plano horizontal y el hombre debe identificarse con él porque, para poder trascender, necesita primero estar bien arraigado:

Hay que ser como el árbol
y echar nuestras raíces, donde sea.
Es la raíz lo que importa, no las ramas.

Que se aleje la tentación del pájaro
y nos venga el ansia de la arcilla
—de la arcilla fresca—
que edifique un corazón sin nudos ni corteza.

(«Como el árbol»)

Por otra parte, el viento es vehículo a través del cual la tierra, con sus misterios y secretos, se trasciende. Al igual que el hombre dispone de la poesía, la tierra tiene en el viento la voz que necesita para elevarse y comunicar toda su profundidad:

La tierra tenía que trascender y llevar a los hombres
el aliento de una lluvia lejana.
Para ser urgentes las ansias del camino,
habría que oler primero las distancias inciertas.
[...]
El viento es una voz que viene de otras voces
y es fácil entenderla.
Con ella gritan los montes, los barrancos,
los fantasmas del árbol y las cuevas.

En este mismo libro, otros símbolos terrestres se relacionan con la vida del hombre, como por ejemplo el camino y el río, ambos de larga tradición poética. Por otro lado, la muerte, como decíamos más arriba, tiene un significado especial en el mundo poético de Antonio Navarrete al ser una realidad anulada por la poderosa fuerza vital de la tierra. Todo lo que nace de la tierra vuelve a ella. De este modo, la tierra, saturada de jugos, provoca las nubes para que aquéllos vuelvan sobre ella enriqueciéndola («Las nubes»). Y el caracol "hijo de la luna y la piedra" también devuelve lo que la tierra le dio:

Le llaman molusco. La palabra es blanda,
para el trabajo que costó a la tierra
hacerse de la cal con que arroparlo.
[...]
No muere del todo. ¿Será poeta?
Deja a la tierra lo que le dió la tierra
y regresa a la luna, descalzo por los montes.

(«El caracol»)

En realidad, la muerte es, como decíamos, generadora de nueva vida, todo regresa a la tierra y todo continúa:

Los huesos de los muertos eran mangos, bastones,
bisagras de las puertas y cetro de los viejos:
lo poco que restaba del hombre,
lo cedía la tierra para herir a las fieras.

(«La montaña»)

Por eso, morir es para el poeta un simple alejamiento:

Es hermoso pasar. Y morir:
porque se puede.

Consiste,
en abrazarlo todo antes de alejarse.
(morir no es más que alejarse,
yo os lo aseguro).

(«Morir»)

Todo este primer libro es un abrazo a la vida, la expresión de un poeta "arraigado" en el sentido que daba a esta palabra Dámaso Alonso. Y, en general, en toda la obra poética de Navarrete, la angustia existencial no está motivada por la incertidumbre del final de la vida sino por la nostalgia de lo pasado, por la certeza de que lo que se ha vivido ya no volverá a vivirse.

Conviene señalar un último tema que apunta ya en *Tierra a solas* y que adquiere verdadera importancia en los sucesivos libros: la mirada. La mirada es el medio de que dispone el hombre para captar todo cuanto le rodea. Ella sola puede detener el tiempo o suspenderlo, y su transparencia o claridad se relaciona con la elementalidad de las cosas, con el renacer. Por otro lado, la mirada es la llave poética de la trascendencia. Lo que ella capta desde la pureza y la claridad se eleva poéticamente. Así lo expresa con sutileza el siguiente verso:

Hay que mirar, muy limpio,
para no enturbiar el vuelo de los pájaros.

(«El valle»)

El tema del tiempo se introduce ya de lleno en el segundo libro *Tiempo vivido* (1973), que se divide en tres partes: I. El pueblo; II. Los oficios del pueblo y III. Tiempo vivido.

En el plano que llamábamos "terrestre" se sitúa ahora el pueblo, la inmediatez del poeta. Los lugares, las cosas, los sucesos más entrañables son descritos en este libro con técnica casi pictórica. Pero el poeta no se queda en la mera descripción. Cualquier cosa es para él un signo, un indicio del tiempo pasado. Su mirada capta la profundidad y el significado de esos signos y, al nombrarlos, los recrea dándoles de nuevo vida. De este modo, el pueblo "Es un montón de casas como un montón de vida" («El pueblo»). Todo en él está impregnado de temporalidad: "El pueblo es un montón de tiempo renovado" (ídem). Todo en el pueblo se repite:

Siempre encuentra el verano su tapia descarada,
el invierno su teja y el otoño su esquina.

Y todo perdura:

La voz de los que mueren perdura repetida
en la voz enlutada de los hijos.

En este segundo libro volvemos a encontrar algunos de los simbolos del primero. Concretamente la identificación hombre-árbol y su arraigo en la tierra para elevarse desde ella:

Nunca faltan cosechas de silencio
ni racimos de sol en las distancias,
porque el hombre se convierte en semilla,
en anchura frutal sobre los campos.

Cuando seamos raíz, nublo o barbecho
y el tacto nos impulse a la corteza,
nos sentiremos claros en el aire,
luminosa por siempre nuestra arcilla.

(«Tierra»)

Tan profunda me empieza la raigambre
y me sube a la sangre tanta hondura,
que he terminado en árbol de esta tierra
donde nazco, me reproduzco y muero.

(«Mi ladera»)

Pero también vuelve a darse la identificación hombre-pájaro:

Porque el pájaro nace, crece, se reproduce y vuela,
sentimos la emoción de nuestra semejanza.
La semilla que somos recorrerá los tiempos
y en hombres ignorados seguiremos volando.

El arraigo en la tierra equivale a un arraigo en el tiempo, por eso el olivo "Se hermanó con la tierra y ha arraigado en el tiempo" («El olivo»). Y del mismo modo, el hombre es hijo de la tierra, arraigado y sólido como el árbol («El hombre»). Pero, sin embargo, el hombre no puede escapar a su "ciclo inflexible":

Se acumula mi tiempo en tantas cosas,
que me duelen las piedras y los campos
como trozos de mí, derramados al paso
de un lento caminar con los ojos abiertos.

Fisiológica tierra, frontal, apasionante,
a veces despreciable por repetida y terca;
la tierra del nacer y del morir, y en medio,
un hombre con su ciclo inflexible y previsto
de fijas emociones, querencias y sospechas.

(«Tierra diaria»)

Por otro lado, mientras la tierra, los árboles y las cosas permanecen, el tiempo pasa. Y este pasar del tiempo está simbolizado por las calles, la carretera, el río e, incluso los coches, que pasan por el pueblo sin detenerse. Sin embargo, el tiempo también puede "archivarse" en viejas carpetas («La oficina»).

El tema de la mirada, que ya veíamos en el libro anterior, adquiere, en éste, decisiva importancia para el resto de la obra poética de Navarrete. A través de la mirada, como decíamos, el poeta capta su entorno y reflexiona sobre él. Además, es el medio, junto con la voz poética, de que dispone el poeta para elevarse por encima de lo puramente terrestre. Ambas son, por lo tanto, esenciales en el proceso poético que transforma o hace trascender la realidad:

Si la voz es entera y reposada,
o los ojos más anchos,
no se debe a un cansancio de estridencias:
es el olor a tierra y el silencio
imponiendo sus ecos y medidas
a esa fruta madura que ya somos.

(«Noviembre»)

Por otra parte, la propia mirada está más allá de la simple mirada; es la capacidad de percepción que proviene del hombre remoto, del principio de los tiempos

Mi tiempo empieza en el hombre remoto
que descubrió la anchura de las noches,
el olor a la tierra
y el caracol del viento en el silencio.
[...]

Cabe mucho en los ojos,
es demasiado azul el mar y el cielo
y el vuelo de los pájaros muy alto,
para haber empezado en mi retina
esta invasión de claridad y hondura.

La mirada está desprovista de toda tensión temporal: "Sin edad en los ojos" («Alegría»). Su claridad y su anchura se relacionan con la elementalidad de la vida, con el renacer y con la recreación del mundo:

> Quizás nuestra mirada tenga una luz tan ancha
> porque el mundo nos entra de cara desde niños
>
> («Balcones»)

> Qué apetencia en los ojos, qué claridad serena
> en el fresco latir de estas horas maduras.
>
> («Otoño»)

Clara, ancha, abierta, son las cualidades que más se aplican a la mirada en los poemas de este libro:

> Mis dos hijas tienen los ojos verdes,
> quizás porque los juncos y el canto de las ranas
> que humedecen mis recuerdos de niño,
> se trasladan a su mirada abierta.
>
> («Mis hijas»)

> Abrimos las ventanas y los ojos
> y apenas si notamos la carcoma
> de los árboles secos.
>
> («Primavera»)

El poeta es, por lo tanto, un hombre arraigado, hombre-árbol de raíces en tierra. Que mira, siempre igual, con una mirada abierta y clara, mirada desprovista de tiempo que se asombra del paso del tiempo y de las huellas que éste deja a través de los objetos, de los hombres, de las calles, de su entorno.

Y estas calles, objetos, signos del tiempo no son más que *Datos al paso* (1975), título del tercer libro de Antonio Navarrete que sugiere, de entrada, una de sus claves poéticas. En este libro, las cosas no tienen valor por lo que son sino por lo que han sido. A través de ellas el poeta se sitúa en el pasado y reconstruye toda la vida y los sentimientos que alguna vez se relacionaron con esas cosas. En el poema «La mesa», por ejemplo, este objeto doméstico sirve al poeta para enlazar con el pasado. A través de la propia historia de la mesa se reconstruye la historia de las personas que en el pasado convivieron con ella. Es, por lo tanto, un vehículo temporal que el poeta utiliza hábilmente. Por otra parte, las actividades para las que esta

mesa sirvió en el pasado están delicadamente sugeridas mediante las diferentes cosas que "se colaban" por las rendijas de la mesa:

El cruzaño, a lo largo,
conservaba desgastes de unas friegas antiguas
y el repetido roce de pies antepasados.
Por las anchas rendijas paralelas
se colaban en las noches de invierno
agujas de coser y cartas de baraja,
la harina y el azúcar de las tortas,
granos de sol y hojas de hierbabuena.

En el poema del cual cito unos versos a continuación los restos del derribo son huellas de vidas anteriores:

Poco importa amontonar los rescates
de hierros y maderas:
barandas, pasamanos y balcones,
peldaños con pisadas, ventanales,
fallecen en exilios donde venden
material de derribo a bajo precio.
Y en la fosa común de vertederos,
camiones basculantes y remolques
dejan el lastre definitivo y ronco
de escaleras y alcobas.

(«Derribo»)

Del mismo modo, el paso del tiempo está sugerido en los objetos conservados en "El cuarto de los baúles", que van olvidándose poco a poco. Los objetos sugieren vida y, por ello, para describirlos el poeta recurre a menudo a la personificación, es decir, a la atribución de cualidades o características humanas a las cosas. En el poema «Ropa tendida», unos calcetines parecen "cansados". Así, mediante la asociación "calcetines cansados" el poeta sugiere el cansancio de los habituales portadores de dichos calcetines. 0, en el mismo poema, los pantalones de niño tienen "la postura dócil a que obligan las pinzas". En otro poema, «Aburrimiento», se dice que "los relojes de los cuatro muchachos/ se aburrieron, de pronto, en sus muñecas" aludiendo, naturalmente, al aburrimiento de los muchachos para los cuales el tiempo queda como suspendido. La sinécdoque —la parte por el todo— es otro de los recursos más profusamente utilizados en algunos poemas de este libro. Tal vez el más característico sea el llamado «Concentración», donde lo que importa no es el motivo de la concentración sino la sensación de movimiento de masas que el poeta

consigue mediante la puesta en relieve de las partes del cuerpo que se amontonan incrustándose unas en otras. Esta técnica descriptiva recuerda la pintura de Zabaleta en sus cuadros de las procesiones y los grupos de campesinos en los que las rodillas, las piernas, los brazos se amontonan unos sobre otros creando una sensación de multitud:

Las rodillas y las respiraciones
se encallaban poco a poco en la carne
de los tórax y abdómenes vecinos;
y hasta los pies, en su ración de suelo,
se quedaban plantados como losas.

Las calvas, cabelleras y sombreros,
expectantes y densos,
miraban convergentes hacia un punto.

Ligado al tema del tiempo, el sentimiento de nostalgia es fundamental en este libro y, en general, en toda la obra de Antonio Navarrete. Es la nostalgia de un tiempo pasado que no siempre fue mejor («Nuestra infancia») pero que estaba más en armonía con la naturaleza, al menos en el caso del pueblo. En el poema «Ordenación urbana» el poeta critica irónicamente las consecuencias del llamado progreso:

Desde que la palabra bloque
se aplicó sin rubor, con impiedad fonética,
en los planes de ordenación urbana;
y el sol de cada día
y el cielo de los ojos
y hasta el amanecer
se racionaron por metros cuadrados,
surgió por las aceras un ser casi equilátero
al que siguen denominando hombre,
con perdón de Linneo.

Por último, el tema social tampoco es ajeno al mundo poético de Antonio Navarrete, especialmente sensibilizado por la emigración de campesinos andaluces. En el poema «Emigrantes» se describe el drama de los que se van, la lucha que en el exilio llevan por la sobrevivencia y la penosa vuelta al pueblo, donde ya nadie los acepta. Los ancianos y los mendigos también son motivo de sendos poemas en los que prevalece el sentimiento de soledad de los mismos y la incomprensión de los que cohabitan con ellos en el pueblo:

Sin edad comprobada,
los mendigos se rascan por el mundo
a solas con su tos y sus monólogos.

(«Mendigos»)

El paso del tiempo sigue siendo el tema fundamental del siguiente libro de Navarrete, *Por los claros caminos* (1980). En el poema «Tiempo», que a continuación reproduzco entero, el poeta resume su percepción del mismo. El tiempo es repetición y renovación y el poeta es testigo de todo lo que va pasando y deja su huella:

Esta perseverancia de la vista
y el tacto cotidianos,
terca repetición entre ayer y mañana,
estática zozobra
de un tiempo circular con el centro en el pecho;
este volver los ojos hacia dentro
para encontrar el aire y las estrellas
que me arropan por fuera,
me hacen quien fui
y el que seré más tarde.

Si el agua se repite y es renovada espuma,
y el azul apetencia,
y es igual el principio y el fin de los caminos,
es porque estoy anclado, con claridad de estatua.

Abierto y convencido,
me encuentro aquí, con las horas intactas,
recuerdos en presente
y el futuro en los ojos, como un ala dispuesta
hacia el presentimiento.

Ya conozco mi luz, mi sombra y mi tiniebla
de atrás y de adelante,
porque el paso y su huella
apenas un momento son señal en el suelo.

El poema «La estación» es una pieza maestra en la técnica de la sinécdoque, muy utilizada también en este libro. En él se consigue describir la sensación del paso del tiempo mediante la alusión a los objetos y a los viajeros que una tarde tras otra y una noche tras otra aguardan el paso de los trenes:

Bigotes, bocamangas, gorras reglamentarias,
cruzan por los andenes. Duplicados con rúbricas

están en el secreto de las puertas cerradas
donde pacientes cajas, con nombres y precintos,
aguardan un transbordo junto a paredes húmedas.

El timbre del teléfono,
del teléfono jefe, con minutos precisos,
sobresalta equipajes y oprime los costados
de los niños inquietos.

Los objetos y los lugares son también en este libro vehículos de la nostalgia que transportan al poeta a un tiempo pasado. Por ejemplo, en «Un mueble» el poeta experimenta la sensación del retorno a la infancia al abrir un antiguo aparador. Del mismo modo, en «El camino» —"de antepasado trazo"— "el viejo caz de los bordes mellados / con sus ovas en flecos / refresca los recuerdos al mojarnos la frente." Por otro lado, lo que a menudo inspira el recuerdo es una percepción sensorial, como por ejemplo, el olor:

El olor de la casa prevalece
y nosotros pasamos
[...]
El olor de la casa, los ruidos de la casa
—¡qué milagro de fina pervivencia!—,
nos traen un espeluzno
de presencia total, definitiva

En relación con esto, conviene destacar la importancia de los sentidos en la poesía de Antonio Navarrete y la reconstrucción del pasado que lleva a cabo a través de lo puramente sensorial. Es de notar, en este sentido, la abundante utilización de la sinestesia de la cual se encuentran numerosos ejemplos en este libro (la cursiva es mía):

Llevamos tanto roce de pared entrañable
en las antiguas manos,
en el *tacto del ojo* y en el rincón del pecho

(«La casa»)

El camino difícil, de tierra apelmazada
bajo el *caliente olor* de las higueras.

(«El camino»)

Un *olor a silencio*,
a recuerdo de lluvias, a tactos evocados
desde esta inapetencia por las cosas tangibles,

acercan el instante, perdido en cualquier sitio,
al rincón de las manos.

(«Invierno» de *Las cuatro estaciones*)

El descarado mar, tan ancho, tan antiguo,
es demasiado abierto para caber de un golpe
en el íntimo ritmo de un latido;
y es mejor reducirlo,
inventarlo pequeño,
con el agua y los peces
en dócil complicidad con las *manos del ojo*.

(«El mar»)

Pero, de los cinco sentidos, el más importante en la poesía de Navarrete es, sin duda alguna, la vista. Más arriba mencioné la relación de esta poesía con la pintura, concretamente con la de Zabaleta, pintor de Quesada al igual que el poeta. Los toques descriptivos que hay en ella son como pinceladas de gran delicadeza y economía de rasgos. Porque en esta poesía no hay lugar para la hipérbole; todo está medido, concentrado. Lo que se dice es lo esencial, al estilo machadiano, la sugerencia es precisa, la metaforización breve y eficaz. Y, al igual que en la pintura, el cromatismo tiene una importancia extraordinaria en algunos poemas:

Un aliento de luz, apenas línea
despierta las colinas por sus crestas,
y una neblina azul, sobre lo verde oscuro,
atiranta la brisa,
[...]
Una ascensión gozosa, lentamente,
llena los ojos de infantiles colores
—leve añil en el agua, alto rosa en el cielo,
claridad en la juncia, blancura en el camino—,
y el primer arrebol entre las ramas
toca de oro y cristal la yerba remansada.

(«El amanecer» de *El día*)

Por otro lado, la mirada, que ya veíamos en libros anteriores, está cargada de significados simbólicos. La mirada, como decíamos, es el medio de que se sirve el poeta para fijar su entorno en el recuerdo, para apresar la realidad en su forma más pura y elemental y trascenderla poéticamente. Por esta razón, los adjetivos *clara*, *abierta*, *ancha*, *limpia*, que el poeta aplica a la mirada, expresan todos ellos la idea de pureza original:

Es hora de limpiar el gesto y la mirada
de las briznas del día;
y de amansar las manos y regresar los brazos.

(«El atardecer» de *El día*)

Por eso, la mirada, símbolo de lo elemental y de la pureza trasciende más allá del tiempo. Aunque el tiempo transcurre dejando sus huellas en los objetos y en los seres, la mirada se sitúa en el ámbito de la eternidad poética:

No quiero conformarme y arrumbar la mirada
sin su eterno destino.
No quiero que mi voz se quiebre y se diluya
en el ruido común de los hombres opacos.

(«El poeta prosigue su camino»)

Y de este modo se justifica el título del quinto libro de Antonio Navarrete: *Mirada sin tiempo* (1982). Huyendo del destino temporal de los hombres, el poeta parte de la mirada eterna, que es la mirada poética, para recrear el mundo a modo de un dios cuyos instrumentos fuesen la palabra y los ojos. Así, en el primer poema del libro se alude a un mundo reciente, recreado poéticamente a través de la mirada porque lo que ve el poeta existe precisamente por eso, porque lo ve:

Fue primero la mar.
Aún no era azul lo azul, porque faltaban los ojos.

(«Fue primero la mar»)

Todo el libro es una evocación del origen del mundo, desde la primera piedra al primer hombre. Entonces, el agua, la tierra, la vida animal, los astros, los árboles, son elementos primarios de un viaje iniciático que parte de la mirada:

Quizás la luna llena, a quien nadie miraba,
se bruñera la frente por los hielos más altos
en noches siderales,
cuando jóvenes astros de afiladas aristas
ensayaban distancias y equilibrios;
y arcillas demacradas,
y collados en sombra,
se llenaban de pronto, sorpresa tras sorpresa,
de sonido y colores.

¿En qué abierta pupila de un agua entre las piedras estuvo la semilla de mis ojos?
A esta oscura pregunta
responderá la tierra a mi regreso.

(«Aquella tierra primitiva»)

Y en este mundo reciente, recreado por el poeta, todavía el tiempo no ha dejado sus huellas:

Entonces, un olor a mundo recién hecho,
recién nuestro, sin huellas,
le devuelve a los ojos la claridad del pájaro.

(«Tormenta»)

En el origen del mundo se encuentra el hombre porque se identifica con la tierra, es su semilla, y su mirada es, como decíamos, una mirada sin tiempo:

Pero yo estaba allí, porque existían los sauces
y burbujas de luz al roce del insecto
sobre el paso del río,
porque el hombre remonta su latido
al ritmo sideral de las estrellas,
y su ciega semilla
germina desde el seno de tierra primitiva.
El vuelo de los pájaros,
el sol entre las ramas
y el brillo de las piedras bajo el temblor del agua,
ya inundaban estos ojos comunes
de mirada sin tiempo, de luminosa anchura.

(«Primavera del mundo»)

En el siguiente, y hasta ahora último libro de poemas de Antonio Navarrete, *Cuando el sentir arrecia* (1987), la mirada sigue teniendo idéntica importancia que en los anteriores además de hacerse inseparable, en su significado simbólico, de la experiencia poética:

A veces la mirada, con transparencia súbita,
me dice la verdad.
[...]
Pleno de claridad, en íntimo sosiego,
ensamblo los olores, el tacto, las palabras,
el corazón impúber;

y en mi contradicción de niño madurísimo,
asumo los caminos, los afectos, el tiempo,
sin apenas dolor tras los ojos recientes.

(«A veces la mirada»)

En el poema «Los ojos» el poeta insiste en su forma de captar la realidad a través de la mirada:

Con la luz en los ojos,
me apropio del color, la línea y el espacio
de todo cuanto encuentro en los caminos,
y aumento mi caudal de nubes y crepúsculos, invierno tras verano,
tan sólo con abrir el corazón al paso
y dejarme inundar de mañanas y tardes.

Pero el poema que constituye una verdadera poética, al mismo tiempo que una declaración de vida es «Puedo vivir», donde, mediante una serie de paralelismos, el poeta descubre la relación de su ámbito sensorial con el mundo que lo rodea:

Para vivir, aún me quedan los ojos
y un ángel fiel, acostumbrado,
en la raigambre azul.
[...]
Para vivir, aún me quedan las manos
con huellas de saludos y roces indelebles.
[...]
Me encuentro luminoso sobre la tierra abierta,
con madurez de río;
se me ensancha la sangre cuando pienso
que el horizonte existe porque yo lo contemplo.
[...]
Para vivir, aún me quedan las nubes
y el olor de la tierra,
se me pueblan diariamente de pájaros mis ramas
y permanezco atento a mi camino.
Si con esto me basta para vivir a solas,
para habitar la luz, para retrocederme;
si aún siento placidez al mirar las estrellas,
para morir no necesito nada.

Muchas más cosas podrían decirse de la poesía de Antonio Navarrete, pero no puedo extenderme más aquí. Sin embargo, insisto en la sensi-

bilidad con que percibe su entorno, en la calidad de su poesía solitaria y en el reconocimiento que debería hacérsele.